



Chechu

Ricardo Cabrera
Agosto 05, de 2020

Buscando entre los recuerdos a veces no resulta fácil hacer justicia a los personajes que formaron parte de nuestra infancia, algunos fueron primordiales para desarrollarnos como las personas que somos, otros no alcanzaron siquiera el beneficio de que les recordemos por sus nombres.

Algunos de ellos, no necesitaron compartir toda una vida con nosotros, pero su presencia fue más que suficiente para iluminarnos hasta que nos volvamos a encontrar.

Es el caso de Chechu, era el único nombre que le conocíamos, por lo demás, poco nos interesaban nuestros nombres reales, la mayoría de los que formábamos la manada de infantes, obedecíamos a los diminutivos maternos o bien a los apodos que en forma maestra algunos se habían ganado a pulso. De esta forma, la costumbre nos hizo hermanarnos como partícipes de una cofradía en la cual, para poder pertenecer, era imperativo abandonar tu nombre de pila y aceptar el nuevo bautizo de los integrantes más viejos.

Chechu, fue uno de los últimos en unirse, lo encontramos tendido en el crecido zacatal que lindaba las canchas de fútbol, es muy posible que nosotros mismo marcáramos los límites, la constancia del uso para los interminables partidos de fútbol, lo había logrado, el continuo trotar, había conseguido lo que Atila el huno dijo un día, —¡Por donde yo pasó, ni el pasto crece!

No lo habíamos notado, aunque su estatura era semejante a la nuestra no se podía decir que era precisamente gordo. *Pata*, golpeó la pelota con su natural tino enviándola justo donde Chechu estaba acostado, la pelota se convirtió en proyectil



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

tomándolo descuidado y aterrizó sobre su barriga. Lo escuchamos quejarse y después levantarse hecho una furia con el balón entre sus manos.

Solo un short y una camiseta rota medio cubrían su cuerpo, su dentadura, lo hacía verse un tanto temerario, dos dientes quebrados le daban una apariencia de tiburón emergiendo de entre el pastizal. Su piel oscura no era suficiente para ocultar algunas cicatrices bastante viejas —según lo que se podía observar—, su voz se convirtió en grito, parecía estar acostumbrado a dar por sentado que esto traería mayores beneficios que solo decir las cosas que sentía.

Lupe, el más alto y menos complaciente de nuestro grupo, no se dejó amedrentar y fue en busca del balón, por las buenas o... por las buenas.

—¡Dame la pelota! ¡dientes de corcholata! —la carcajada general no se hizo esperar. Pero Chechu, no entregó el balón —y lo peor del asunto—, ni siquiera retrocedió ante el avance de Lupe.

Estando frente a él, pensó que con un empujón sabría entender quien mandaba y con ello bastaría para entregar el balón. Pero la cosa no resultó tan fácil, con un movimiento que Lupe no esperaba, se fue de boca cayendo de espaldas, Chechu, aprovechó la oportunidad y se montó a horcajadas sobre su espalda, y sin medir consecuencias, empezó a golpearlo con el balón por todas partes, sus brazos semejaban un molino, Lupe, no lograba quitarse al improvisado jinete, fue entonces que el resto de la tropa salió en su defensa quitándolo de encima. Lupe estaba fuera de sí, quería deshacer a golpes a su





Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

victimario, pero no lo permitimos. Veíamos a Chechu con verdadero respeto. Lupe se fue calmando de a poco, se sentó, y nos vio a todos.

—Ya, no voy a hacerle nada —Chechu contestó con bravuconería

—¿Quieres otra pelotiza? —no nos quedó más que reírnos, Lupe se unió a nosotros, en verdad si lo hubiera deseado, posiblemente pudiera vencer sin muchos problemas al insolente rival. Eso nunca lo supimos, porque su amistad hacia Lupe y con el resto de nosotros se hizo indestructible.

A partir de ese momento se integró a nuestro grupo por méritos propios. Ignorantes de donde venía o quienes eran sus padres, o como mi madre decía “¿A saber que pata puso ese huevo?” Chechu nos esperaba todas las tardes en el mismo lugar: las canchas de fútbol. Resultaba extremadamente raro, a partir el día que lo conocimos, que él no llegará. Un día después de su falta, lo veíamos tan campante como siempre, excepto por nuevas marcas, o moretones. Cuando le preguntábamos quien lo había tundido de esa forma para cobrar nuestra propia venganza. Él, desestimaba la importancia y nos dejaba con las dudas sobre que le había ocurrido.

Sabíamos por él, que trabajaba, aunque el dinero no abundara en nuestras casas, era algo que ninguno de nosotros hacía. Chechu, era un lustrador de calzado; todas las mañanas, llegaba al parque central, se quedaba a la entrada del ayuntamiento y terminaba su jornada justo con la de los burócratas.

Conocedores de su espíritu volátil, no dudábamos que se hubiera enfrascado en una pelea, aunque la curiosidad nos movía para saber cómo había quedado el otro. Nuestras correrías juntos se prolongaron casi un año, medido por el calendario escolar, y como si deseara festejarlo, faltó a nuestra cita diaria en la cancha de fútbol. Nos habíamos acostumbrado a la idea de que faltara un día cualquiera, pero siempre reaparecía con un mejor estado de ánimo desde la última vez que le habíamos visto. Sin embargo, esta vez su ausencia se prolongó por más tiempo,



los días empezaron a acumularse hasta hacer una semana completa, entonces, la preocupación y la curiosidad por su paradero nos hizo aventurarnos en las colonias vecinas, una en particular era considerada un peligro para aquellos que no residieran allí. Las rencillas eran entre los mayores, pero con el paso del tiempo se habían extendido hasta nosotros. Por más que buscamos, y sin conocer su nombre real, nadie nos supo dar indicios de su paradero. Chechu se había esfumado.

Los días se sucedieron uno tras otro; todos los amigos continuamos llegando por las tardes, la esperanza de que un día cualquiera se presentara Chechu, se fue desvaneciendo. Era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Es muy posible que el estado de preocupación en que nos encontrábamos nos hiciera malas jugadas. Sin atrevernos a confesarlo, por miedo al juicio de los demás niños, ocultábamos lo que ocurría por las noches.

En lo personal, las pesadillas se hicieron recurrentes, no faltaba una noche en la cual, la imagen de Chechu no figurara en mis “sueños”, si puedo llamarlos de esa forma, seguro estoy, que las visiones ocurrían en estado de vigilia, por otra parte, empecé a postergar la ida a la cama; me aterraba lo que ocurriría un par de horas después. Durante semanas, la situación era la misma.

Chechu, aparecía con su habitual sonrisa y llegaba para unirse a nuestra pandilla, lo veíamos acercarse a nosotros, invariablemente preguntaba si teníamos algo para comer, lo cual correspondía por el Chechu que todos conocíamos. Siempre estaba hambriento, razón por la cual, decidimos llevar con nosotros, una fruta o los restos —intencionalmente dejados— para compartirlos con nuestro amigo.

Nunca puso reparos a los regalos ofrecidos, podría decir que los veía como si se tratara de manjares; creo que, para él, nos convertimos en los hermanos que nunca le conocimos.

En mi visión personal, lo veía deambular por mi cuarto, sonreía primero, unos instantes después su cara se tornaba triste hasta desembocar en el franco llanto que



me erizaba los pelos de la nuca. Amanecía yo, con la sensación de cansancio, como si mi cuerpo hubiera sido golpeado, era una sensación de dolor bastante curiosa —mi madre dijo que estaba creciendo—, supongo que algo de razón tendría, cumpliría doce años en unos días, así que nuestra niñez como tal se acercaba a la puerta para echar un vistazo final a aquello que dejábamos tras de nosotros y después decía adiós en forma definitiva.

Esta nueva condición de “huevoón” como decían mis amigos fue perceptible para todos ellos, solo que los demás también gozaban de la misma etiqueta que me habían colocado a mí. Se había apoderado una apatía total, un desgano por las cosas que nos rodeaban, quienes más lo festejarían si pudieran, serían los perros, los habíamos dejado en paz. Además de eso, a Chechu no le gustaba que los molestáramos. Dejamos de hablar de él, como si esta decisión conjurara el hecho de que él se hacía presente en nuestros sueños o en nuestras vidas según se vea.

Hubiera continuado así, con esta “desaparición forzada” de nuestras pláticas si Pepe no lo hubiera traído a colación.

Habíamos intentado jugar con la pelota, pero nos venció una especie de abulia general, Pata fue a buscarla, había ido a parar justo en el lugar donde conocimos a Chechu, regresó con el balón en las manos, su cara se veía compungida y nos preguntó:

—Se acuerdan cuando le di un pelotazo a Chechu — la mención del nombre, voluntariamente borrado de nuestras vidas tuvo el efecto de liberar en cada uno sus propios temores.

—Yo, he soñado con Chechu —dije con la voz en un hilo, esperaba las burlas de todos, pero era una situación que me carcomía el alma. Por el contrario de lo esperado, Pata y Lupe me secundaron con sus propios relatos, después lo hizo Pepe y Chito; lo extraño, es que todos coincidían en detalles, los aparentes sueños eran los mismos. Todos recordábamos con extraña claridad los sucesos de las



noches anteriores. De entre todos, solo Chito, se había atrevido a contarle a su madre el motivo de su desgano diario; pero la señora minimizó aquello que su hijo le contaba, tachándolo de fantasiosos y flojo. Con eso, fue suficiente para que no volviera a hablar del tema hasta ahora.

Terminó la primaria, y con ello el paso obligado a la escuela secundaria. De entre todos los amigos, solo Chito y yo, iríamos a la misma escuela; faltando dos días para el inicio en nuestra nueva vida de estudiantes, mis padres me enviaron “gentilmente” a cortar el cabello, o de lo contrario, dijo mi papá: —Si cuando llegue aun traes el cabello como un *chanacol*¹, yo mismo te lo tuso.

Con esta amable invitación, es de sobra imaginar que salí casi corriendo para cumplir su orden.

En el camino me encontré con Chito, se dirigía al mismo lugar que yo, la orden era similar a la mía: casquete corto natural, y los cinco pesos para pagar al carnicero, es decir al peluquero. Aunque nosotros sabíamos que tenía la misma habilidad de que quien se dedicaba a cortar el pasto con una maquinita.

La peluquería se encontraba desierta, era muy temprano, así que seríamos los primeros, adormilados aún, pedimos el corte que nos habían señalado.

—Ah, es para la secundaria ¿verdad? —si ese era el corte tradicional, como si se tratara de conscriptos, de otra forma el quepí verde de la escuela secundaria no iría a juego con el elegante uniforme verde militar y la corbata.

Perdí yo en el One two, three, fui piedra y Chito papel. El primero en cortarse el cabello sería yo.

Chito se sentó en una banca larga de madera, bastante gastada —supongo por la cantidad de culos que con los años le habían dado una pátina brillante—. Lo vi

¹ Chanacol. [En línea] Flor de Comanche o Cabellos de Ángel. El nombre científico es *Pseudobombax ellipticum*. Tener un árbol de éstos vale la pena, aunque sí ocupan bastante espacio y sólo florecen durante poco más de un mes. [Citado el 05 de agosto de 2020]. Disponible en internet: <http://planetaderosas.blogspot.com/2010/06/xanacol.html>



ojear revistas atrasadas, releyó un *Kalimán* y un *Lorenzo y Pepita*, los dejó con desgano y tomó un periódico viejo. cruzó la pierna como si fuera un adulto y se perdió en las amplias hojas. Repentinamente dio un grito tremendo, fue tal, que la maquinita de don Beto, el peluquero, se fue de largo, cortando un poco más de cabello del área de la patilla.

—¡Chamaco baboso, que susto me pegaste! ¡qué tal y cortó a tu amigo! — estaba furioso, Chito, había bajado las hojas del periódico y me miro con los ojos llenos de lágrimas, lo vi intentando decirme algo, era evidente que las palabras no salían de su boca, se paró de golpe y salió a la carrera. Le grité, pero el peluquero aun me tenía aprisionado a la silla de tortura. Me zafé como pude y fui a buscar el diario, era evidente que el estado de Chito obedecía a algo que había leído o visto. Recogí las hojas, en la página central, estaba la cara sonriente de Chechu, era la primera vez que sabía de su nombre completo.

“El Jesús Lechuga Olmedo, de once años de edad, desaparecido hace quince días fue finalmente encontrado muerto, el cuerpo del menor se apreciaba con visibles muestras de golpes, mismas que al parecer ocasionaron su muerte. El cadáver, encontrado por unos perros callejeros, en las inmediaciones del arroyo Chiquito, aún no ha sido reclamado”.

—Chechu estaba muerto, salí corriendo ante los gritos desaforados del peluquero al ver que me llevaba puesta la manta atada al cuello, era preciso encontrar a Chito.

Llegué a casa, al verme tan sobresaltado y a medio pelar, mi madre se asustó, le narré en forma troyada lo ocurrido. Solo obtuve de ella un —¡Válgame dios! —, pobre criatura.

La pandilla entera estaba conmocionada al conocer la noticia. Regresamos con el peluquero para pedirle los diarios atrasados, por fortuna los había almacenado en su bodega, y de ahí tomaba el que necesitaba para limpiar sus navajas.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Buscamos en todos ellos, — ¡por fin, noticias de Chechu! — establecimos la fecha de su desaparición, coincidía con su ausencia a nuestras citas de juegos. Después, lo más duro, el crimen se había esclarecido.

Su padre mismo, lo había asesinado a golpes. Chechu, jamás se quejó, es posible que por vergüenza o por miedo; no lo sé.

Nuestros padres nos llevaron donde lo habían depositado, su cuerpo nunca fue reclamado, su nombre había sido proporcionado por sus vecinos, que vieron huir a su padre. No tenía hermanos ni nadie conocido. Lo depositaron en una fosa común.

Lloramos a grito pelado, pataleamos hasta obtener de nuestros padres la solidaridad para que todos cooperaran y lo pudieran sepultar y descansara en un lugar solo para él.

Ellos se hicieron cargo de los trámites, exhumaron el cuerpo y cuando finalmente descansaba en su tumba y con su nombre en una cruz, nos llevaron nuevamente al cementerio.

Lloramos por el amigo muerto, regresamos a nuestras casas. Esa noche el sueño fue diferente, Chechu ya no lloraba, era como si se despidiera de cada uno de nosotros.

A partir de ese momento, nadie volvió a ser despertado por su presencia. 